

Seminario: Grupo sobre la filosofía del dolor

Profesor: Fernando Cardona

Fecha de la sesión: Febrero 13 de 2017

Relator: Manuel Dávila Sguerra

Libro: Escritos sobre la medicina de Georges Canguilhem

Sección: 2. Las enfermedades

Canguilhem viene de estudiar “La idea de naturaleza en el pensamiento y la práctica de la medicina” para tratar de develar el papel de la naturaleza, si lo hubiere, en la relación con la pareja médico - enfermo. Trata, en ese primer capítulo, de comprender las tensiones que existen entre ambos sujetos y el obrar, no despreciable pero si invisible, de la naturaleza en el proceso del restablecimiento de la salud. En ese capítulo encontramos una presencia permanente de los postulados de Hipócrates y la comparación con la medicina actual en la que al enfermo se le despoja de su calidad de SER para mirarlo como un objeto manipulado por las máquinas.

Sin embargo, dice Canguilhem, que no hay nada hasta ahora que le de superioridad al orden tecnológico sobre el biológico. Psicoanalíticamente hablando es revisable seguir contemplando a la naturaleza como a la madre. Y haciendo referencia a Georg Groddeck, recuerda que él elaboró los primeros conceptos de la medicina psicosomática en un libro que lo consagró titulado Nasamecu, “Medicus curat, natura sanat” es decir el medico cuida y la naturaleza sana.

Con esas inquietudes, Canguilhem, quiere ahora centrarse en la enfermedad misma para lo cual comienza, sin dejar aun a la naturaleza por fuera del discurso, con una referencia a Diderot que expresa lo siguiente: "La naturaleza no hace nada incorrecto. Toda forma, bella o fea, tiene su causa; y, de todos los seres que existen, no hay uno que no sea como debe ser" (Canguilhem, 2004, 33).

Luego, traslada este concepto a la enfermedad misma expresándose de esta otra manera: "La naturaleza no hace nada arbitrario. La enfermedad, como la salud, tienen sus causas y, de todos los seres vivientes, no hay uno cuyo estado no sea lo que debe ser" (2004, 33).

Esta segunda expresión enfrenta lo incorrecto con lo arbitrario, la salud con lo bello y la enfermedad con lo feo de tal manera que el sentido de la explicación es que todo tiene sus causas las que conducen a que todo sea lo que es lo que posiblemente lleve a comprender por qué existen las enfermedades.

Recuerda que las ideas antiguas consideraban a las enfermedades como una posesión de un ser «maligno» o un castigo por vicios impuros, solo curable por efectos milagrosos y en algunos casos, como la lepra, suficientemente rechazados como para que la sociedad aislara a quienes la sufrían. Para la cura de estas enfermedades se ha hecho uso de ritos de carácter religioso como el caso de Asclepio, dios de la medicina en la antigua Grecia, hijo de Apolo, el dios curador de cuya familia se dice que viene Hipócrates. Sus atributos se representan con serpientes enrolladas en un bastón, piñas, coronas de laurel, una cabra o un perro, según Wikipedia.

Precisamente la medicina, en el sentido en que la entendemos hoy en día, tiene su origen en Hipócrates

que interpreta a las enfermedades como desórdenes corporales, cuya existencia se percibe por los mensajes que da el cuerpo con los llamados síntomas. De ellos es motivo de estudio sus causas para buscar la corrección de dichos desórdenes con lo que estos esfuerzos se convierten en el preludio de la aparición de una ciencia, aunque no en el sentido moderno. Estos métodos Hipocráticos, dice Canguilhem, fueron elogiados en el Fedro como algo que está conforme a la "recta razón". Podríamos decir que es una de las primeras formas de certificación en la medicina.

Hoy en día la medicina se ha transformado y se le reconoce el esfuerzo por la eficacia y el resultado. Para ello fue siendo necesario disociar al enfermo de la enfermedad, de tal manera que el enfermo se convierte en un objeto de estudio dentro de un laboratorio; ya no se le mira como el "dueño" de la enfermedad sino como el contenedor de lo que para la ciencia es de su interés. Ese sujeto (u objeto) caracteriza al hombre en general a quien la naturaleza le dio un cuerpo, una envoltura, que desde el mismo momento de nacer ya corre el riesgo de la enfermedad, una entidad sufrida como un mal, culpable de una disminución forzosa de la vida habitual, algo que se presenta como el deterioro de lo orgánico y aun de la mente. Para el médico moderno más que la enfermedad en sí, es su cura el motivo que lo lleva a actuar para atenuar el sufrimiento.

En ese momento en que el médico actúa se corre el riesgo de separar al enfermo de su enfermedad y da la oportunidad de crear una taxonomía de las enfermedades que tipifican los diferentes disturbios de la salud. Al objeto, es decir al enfermo, se le clasifica en estereotipos definidos en los manuales de salud pública construyéndose así un lenguaje propio que hasta el mismo enfermo lo adopta para referirse a sí mismo: soy cardíaco, soy anémico se le escucha decir al sujeto enfermo. Ese *soy* pierde su carácter metafísico para convertirse en un sello, una estampa, una impronta, una mancha.

En estas elucubraciones, Canguilhem le da mucha importancia a las enfermedades somáticas que son esos disturbios que aparecen en el cuerpo como consecuencia del esfuerzo del cuerpo para equilibrar la energía usada en los asuntos no resueltos. Este caso de la somatización, dice Canguilhem, "cambia el blanco de la intervención reparadora" (2004, 36) por un lado y por el otro, entrega el problema a lugares de observación, equipados con aparatos y técnicas que esculcan dentro del cuerpo a niveles microscópicos buscando información de la fuente del disturbio orgánico.

De la historia y las estadísticas de esas exploraciones biológicas se han podido clasificar y comprender las enfermedades hereditarias, transmitidas por un genoma particular al igual que aquellas que se dan por la relación física del hombre con sus sistema ecológico o por el contacto con el grupo social en donde vive. Aquí se le da un reconocimiento a la historia que muestra que hay enfermedades catalogadas según la época en que se vive.

Lo anterior se aprecia por ejemplo en las historias de pestes como es el caso de la Gran Peste (1665-1666), una epidemia que mató entre 70.000 y 100.000 personas en Inglaterra y más de una quinta parte de la población de Londres o como lo que sufrió Colombia en los años 40 con el tífus, enfermedades que han sido clasificadas inclusive por situaciones geográficas y relacionadas con la falta de higiene.

Lo anterior ha incentivando la investigación médica en lo preventivo, de lo que nacieron las vacunas

que si bien son un escudo protector de algunas enfermedades, tienen otro efecto relativamente negativo en el sentido que las defensas propias del cuerpo se disminuyen. Las vacunas se convierten como en un aislante entre el cuerpo y la naturaleza y a pesar de los resultados benévolos de ellas, no puede en todos los casos considerarse como remedios preventivos universales pues para el organismo, que vive en ambientes ecológicos diversos, no siempre lo que le es benévolo en una región lo es en otra dificultando la universalidad de los remedios para las enfermedades.

De la misma manera, los cambios de orden cultural y laboral como sucedió en la época del comienzo de la industrialización, han creado "caldos de cultivo" propios de las aglomeraciones humanas incentivando la aparición masiva de problemas de salud con características propias e identificables según las circunstancias. Para eso, los Estados han tenido que legislar y reglamentar asuntos médicos para bien de la salud pública. De esa manera, se unen medicina y política, como se comprueba en las reglamentaciones estrictas de las clínicas y los hospitales que deben cumplir certificaciones de talla mundial y regional. Estos sitios están dispuestos, según cita del autor, "como máquinas de curar" (2004, 40). y hacen su trabajo bajo el nombre de *mejores prácticas*, que si bien ayudan a una cura masiva, también son responsables de la despersonalización y des individualización del tratamiento hospitalario, creando mecanismos artificiales de cura.

En los años cuarenta actuaban los llamados médicos generales, que en Colombia se denominaban médicos cirujanos, que podían atender cualquier enfermedad aunque no necesariamente con la precisión actual cuando aparecieron los especialistas. A estos médicos especialistas, Canguilhem, los denomina "Ingenieros de un organismo desarmado como una maquinaria" (2004, 40) que pueden atender al paciente sin mirarle a los ojos pero centrados en la observación de los datos que salen de interrogatorios que han sido introducidos a bases de datos de un computador. Serán entonces los algoritmos especializados los que, buscando patrones en los grandes repositorios de datos, diagnostiquen una enfermedad. Esto proviene de las experiencias de los hospitales Austriacos, Ingleses y franceses del siglo XIX.

El Doctor Jorge Reynolds, inventor del marcapasos y buen amigo de nuestro grupo del dolor, cuenta cómo, entregando el sonido del latido de un corazón a una gigantesca base de datos, determina malfuncionamientos del órgano basado en patrones preestablecidos.

Como se puede observar, la medicina que en su origen tenía como base la posibilidad de palpar al paciente por las manos del médico ha venido reemplazando sus técnicas de diagnóstico por la revisión del cúmulo de experiencias, la política pública, la masificación y la clasificación de las enfermedades por razones sociológicas que llegan a tales grados de tipificación que se les puede clasificar en enfermedades de los sindicalistas, enfermedades del capitalismo o de la miseria y culpa, en casos como este último, a problemáticas de higiene.

Como consecuencia de estas observaciones, ya en 1797 insistían en la incidencia patógena debido a la densidad de la población por las aglomeraciones humanas. En todo esto algo influye la presencia de la somatización de los hombres debido a su malestar por la cultura. No olvidar que hoy en día hay enfermedades del metacarpo por el uso del *mouse* o como ocurre en Corea la muerte que se produce

por el exceso de dedicación a los videojuegos lo que ha convertido a esta actividad lúdica en un problema de salud pública.

Más adelante, en el siglo XIX, en la época de la primera revolución industrial, se hicieron estudios relacionados con la salud de los obreros cuyas condiciones de trabajo exigían la fuerza muscular, muchas veces sujeta a ritmos desregulados o a los ambientes insanos en los que se respiraba polvillo desprendido de los artículos en producción, experiencias que crearon enfermedades de génesis social.

Sin embargo, no se pueden confundir a todas las enfermedades como generadas por estas influencias relacionadas con la manera como se configura una cultura pues también las enfermedades pueden ser producto de descuidos de orden individual. De todas maneras quedan para analizar, casos como la disminución de la vista en los relojeros o en los estudiantes, daños del oído interno en los obreros que manipulaban ruidosas calderas de máquinas de vapor o enfermedades del colon debido a *stress* laboral proveniente de tensiones cuya fuente son las rígidas estructuras jerárquicas de las empresas.

El autor considera imprecisa la frontera que separa la medicina somática, es decir de aquellas cuyo origen es externo, un virus por ejemplo, y la psicosomática cuyo origen son los sufrimientos de la mente. En esta última, Freud la explicaba con base en la ley de la física en la cual la energía no se pierde sino que se transforma que en el caso psicológico es la energía que “completa” el cuerpo ante situaciones personales no resueltas las que convergen hacia enfermedades reales. Por eso Canguilhem pone al inconsciente “sobre el tapete, como sucede con las técnicas apropiadas para hacerlo hablar a fin de saberle responder” (Canguilhem, 2004, 43). La psicología encuentra posible también, considerar “la complacencia del enfermo” (2004, 43), como una manera de encontrar refugio autodefiniéndose como víctima.

Tampoco cabe duda de la influencia en la medicina moderna de la bioquímica en la que el estudio se remonta a la comprensión de las moléculas, a su indefensión ante cierta clase de bacterias que al ser identificadas fortalecen la aplicación de principios como los de Pasteur para destruir los microorganismos malignos y dejar los benignos en el cuerpo o en los alimentos. Estos procesos inmunológicos salen de experimentos en laboratorios y de las experiencias de la medicina pero dice el autor que se corre el peligro de que estos éxitos sean utilizados propagandistamente por “francotiradores de la medicina”. (2004, 44).

Todo esto hace pensar que una confrontación entre el estudio de las enfermedades por el médico formal, observar su historia y vivencia de ellas por parte de los seres humanos no debería eclipsar un intento de analizar el uno o el otro. Define a las enfermedades como “crisis del crecimiento hacia la forma y estructuras adultas de los órganos, de la maduración de las funciones de auto conservación interna y de adaptación a los requerimientos externos” (2004, 46).

De esta definición compleja sobre lo que es una enfermedad pasa a simplemente considerarlas como el precio que pagamos por estar vivos sin haberlo pedido y como un mensaje de que estamos predeterminados a un fin ineluctable. Sin embargo, esas enfermedades pueden ser la fuente de una duración de vida más allá de lo esperado debido a que la curación de unas enfermedades se puede

convertir en el poder para luchar contra otras. Es curioso observar que la historia de la muerte y la decadencia del cuerpo sea la base de la evolución: “La muerte está en la vida, y la enfermedad es signo de ello” (2004, 47).

Hay entonces una dicotomía entre ser consciente de la muerte y al mismo tiempo rechazar, por causa del sufrimiento, el camino hacia ella como lo es la enfermedad. Canguilhem cita en este sentido a Freud de quien bien es conocida su enfermedad cancerígena que le causó tantos dolores la describe como una realidad repugnante. Recordar los malos olores que expedía de su mandíbula enferma. Para él, la enfermedad lo llevó a una existencia amenazada de despido y al mismo tiempo una coraza de insensibilidad envolvente, que comprobada sin queja, una manera de empezar a volverse inorgánico.

En este sentido, la enfermedad hace su trabajo a lo cual el autor recuerda que trabajo, según la etimología, es tormento y tortura, pero tortura es un sufrimiento para obtener una revelación. Son los actos de vida que nos hacen reconocer que somos mortales.

Canguilhem, G. (2004), *Escritos sobre la medicina*, Traducción de Irene Agoff, Buenos Aires: Amorrortu